

SINDICALISMO: MASAS, BUROCRACIA Y MILITANCIA

Por Julián GOMEZ DEL CASTILLO*

Una de las cosas que hay que plantearse cuando hablamos de sindicalismo es el problema de las características concretas de la clase obrera de hoy. Nos parece de puro sentido común. Y, sin embargo, lo menos realizado por las organizaciones obreras en los últimos cuarenta años es el análisis de clases; de haberlo hecho, hubiera conducido a una profunda sana autocrítica que, por ahora, sigue sin hacerse. Parece claro que ese análisis de la clase obrera habría que hacerlo simultáneamente con el de las demás clases sociales, de forma que teniendo delante las características del enemigo pudiéramos prever por donde iba a ir la lucha.

Parece completamente claro que no es lo mismo la clase obrera que en 1886 lucha por la jornada de ocho horas en Chicago que la que reclama en los años sesenta, en la misma ciudad, la continuación de la guerra de Vietnam, o la que en Nueva York organiza una huelga con la misma finalidad.

Son muchos los autores que hablan de la crisis de la clase obrera, aunque parece que sus organizaciones, y en primer lugar el sindicato, no se enteran. En este corto espacio, y con una amplitud de tema como el que se nos ha asignado, es imposible analizar la crisis de la clase obrera, pero no podemos seguir sin plantearnos unos datos sobre el tema, basados en autoridades incuestionables.

La primera nota a tener en cuenta es que 1/3 de los trabajadores industriales del mundo están directa o indirectamente relacionados con la fabricación de armamentos. Para Diego Abad de Santillán, son el 40 %, cifra que al profesor Lasuen no le parece descabellada. Hablar del SI o el NO a los bloques militares y no plantearse ese problema como cuestión de más fondo es, en el mejor de los casos, una tontería o un simplismo. Completa este hecho el saber que el 25 % de la investigación del mundo se hace directamente al servicio del avance de los armamentos. Para J. K. Galbraith la economía actual «pivota sobre la industria de armamentos». Parece evidente que una clase obrera que vive esa situación y no intenta hacerla frente, es distinta de la que todavía en 1914 creía en la posibilidad de la huelga general internacional para evitar la guerra.

* Experto en temas Sindicales.

JULIAN GOMEZ DEL CASTILLO

Junto a ese hecho brutalmente condicionante de la economía actual y a través de ella de toda la vida obrera, hay que situar los cambios habidos en el proceso tecnológico, en el que hemos pasado de la época del agua y el carbón a la de la electrónica y la informática y tocamos con la mano la de la bioquímica. Es esto lo que le ha llevado a Alvin Toffler a plantearse la traición de la clase obrera actual a la lucha histórica de los trabajadores:

«Cuando los obreros, por ejemplo, comenzaron a luchar por el derecho a organizar sindicatos, fueron hostigados, acusados de conspiración, seguidos por espías de la empresa o apaleados por la policía y por cuadrillas de matones. Eran intrusos, no representados o representados inadecuadamente en el sistema.

Una vez que se constituyeron, los sindicatos dieron origen a un nuevo grupo de integradores —la estructura organizativa del mundo del trabajo— cuyos miembros, más que representar simplemente a los trabajadores, mediaban entre ellos y las élites del sector empresarial y del Gobierno. Los George Meany y George Sèguy del mundo, pese a su retórica, se convirtieron en miembros clave de élite integracional. Los falsos líderes sindicales de la URSS y la Europa del Este nunca fueron más que técnicos del poder.»

Cuando García Salve era secretario de formación de CC.OO., pensaba que «el sindicalismo tradicional se había convertido en una forma de la sociedad burguesa».

Es esa constatación del cambio del sindicato el punto segundo a tener en cuenta, en un proceso a través del cual se ha pasado de la estrategia de la lucha a la de negociación, lo que lleva a algunos analistas a decir que «con esa identificación y la correspondiente debilitación del sindicato, la planificación industrial se hace todavía más segura»; o que «mientras la tarea del sindicato es ahora mucho más fácil, el sindicato es también mucho menos esencial para el trabajador»; o que «el mismo sindicato contribuye a evitar el descontento, la sensación de alienación»; y en definitiva, se pasa a un sindicalismo de amaestramiento. Oigamos a J. K. Galbraith:

«...el crecimiento de los sindicatos en el sistema industrial lleva ya tiempo desacelerándose. Desde casi todos los puntos de vista son, además, menos militantes en sus actitudes y menos poderosos en política que en otro tiempo. Las relaciones industriales se han ido haciendo visiblemente más pacíficas a medida que la contratación colectiva se ha ido aceptando en la gran empresa industrial moderna. Los sindicatos y sus dirigentes apoyan causas conservadoras o se oponen militantemente a causas radicales.»

Esta realidad sindical en el neocapitalismo debe tener en cuenta la creciente supeditación de los sindicatos a los partidos políticos. Camacho defendía esa supeditación como principio cuando escribía: «El sindicato sociopolítico no significa invadir el terreno de los partidos políticos obreros. Estos son la conciencia organizada de la clase, mientras que el nuevo movimiento obrero debe ser la clase en su conjunto». Resulta transparentemente claro que si la conciencia organizada de la clase está en un sector minoritario de la misma, la gran mayoría

SINDICALISMO: MASAS, BUROCRACIA Y MILITANCIA

sufre el colonialismo. Curiosa forma de respuesta al colonialismo que impone el neocapitalismo.

Descenso afiliador

Los dirigentes sindicales de UGT, CC.OO., USO, etc., que he consultado, todos aceptan que hay un descenso muy fuerte en la sindicación española; que no solamente se trata de que coticen menos del 12 % de los afiliados a la organización respectiva, si no que, además, el número de los que tienen hoy carnet sindical es hoy mucho más bajo que hace cinco años. Desgraciadamente parece que eso, en España, mientras seamos demócratas tan especiales que hasta los mínimos datos ocultemos, va a ser muy difícil cuantificarlo.

Quizá el país industrial del que más datos existan, sobre esta cuestión, sea Estados Unidos. Sabemos que allí, en 1956, la sindicación era del 34 % y hoy del 20 %. Que en el período 1976-1978 disminuyó el número de afiliados en 500.000, mientras el número de trabajadores aumentaba en 6.000.000 más. También se había producido un cambio muy importante en los sujetos del protagonismo sindical. Ahora el 47,3 % de los afiliados, son de «cuello blanco»; el 36,27 %, de «cuello azul»; el 12,2 %, trabajadores de servicios, y el 4,2 %, trabajadores agrícolas.

Parece que existe una relación directa entre la crisis provocada en la clase obrera por los cambios en las formas de producción; la inadecuada respuesta del sindicato, única organización específica de los trabajadores, y el descenso en la afiliación sindical.

Para Haro Tecglen la evolución del sindicalismo en Europa le ha llevado a «depender más o menos directamente de los partidos políticos».

MASAS

La vulgaridad de las manipulaciones a que se ha sometido a los trabajadores para hacerles obedientes pensadores con cabeza extraña, ha llevado a identificar masas con número. Nosotros creemos con Ortega que masa «es un modo de ser». Es decir, algo mucho más serio que una cuestión de cantidad. La crisis de la clase obrera es incomprensible si no se llegan a plantear las cuestiones del ser.

Gustave Le Bon plantea por primera vez el tema en su «Psicología de masas», durante el siglo XIX. Encuentra un gran eco en el liberalismo europeo (habría que plantearse ahora el ascendente uso del término cuando se intenta relanzar un neoliberalismo económico) y en España se hacen eco, especialmente, Ortega y Marañón.

Dentro de la clase trabajadora son los sectores marxistas y leninistas los que se hacen acaparadores del término y, de una forma vital entienden que las masas son las que necesitan vanguardias que las dirijan y orienten, ya que si eso no se hace, aparecerían como algo sin sentido y sin capacidad para dirigir su vida. Creen que las masas no tienen conciencia propia hay que inyectársela desde fuera, por los dirigentes «concienciados» y durante el tiempo que éstos decidan sea conveniente, y esperar las actitudes autogestionarias masivas para una sociedad postsocialista.

JULIAN GOMEZ DEL CASTILLO

Es esto lo que ha dado como resultado la triste y larga lucha entre dirigentes y dirigidos en el movimiento obrero. En definitiva, cuando el movimiento libertario afirma que el hombre es capaz de autoprotagonizar su vida, principio que Juan XXIII hará propio cuando escribió que el protagonismo de la promoción campesina tenía que ser obra de los campesinos mismos, está situándose frente a todos los autoritarismos marxistas, liberales o fascistas, que exigen dirigentes que conduzcan a sus semejantes.

Hoy nos encontramos en medio de una confusión general alucinante, en relación con este problema. CC.OO., U.G.T., U.S.O. etc., (por citar sólo algunas de las españolas) dirán que en ellas cabe la autogestión mientras hablan de cuadros sindicales. El cuadro, sindical o político, es el que encuadra, cosa que hay que hacer inexorablemente si creemos en las masas en sentido autoritario o amorfo. El término cuadro está ligado a los que en el movimiento sostienen la necesidad de jefes y dirigentes, frente a súbditos y dirigidos. Cuadro es un término del diccionario autoritario, de los que creen que existen las masas que necesitan ser dirigidas porque no tienen conciencia de sí mismas. Cuadro y autogestión se repelen; el cuadro dirige, el autogestionario protagoniza y promociona. Y es que la crisis actual de las organizaciones obreras, que no es de formas sino de fondo, las ha llevado a una confusión en la que hasta se puede ser libertario y autoritario al mismo tiempo.

El término masas es, cuando menos, un término confuso. Mientras para Ortega el hombre masa existe en todas las clases sociales, hay para quienes se da entre los ignorantes. Quizá sea el catedrático Sánchez Agesta quien haya puesto algo de luz cuando dice que «la masa es el elemento amorfo e indiferenciado frente al jefe que la conduce o a quien clama».

Es por todo esto por lo que creemos que en una concepción personalizadora del hombre, hablar de masas es un contrasentido. En realidad es uno de tantos términos que por su ambigüedad sólo puede servir, cuando se refiere a personas, a manipulaciones políticas, como se comprende si pensamos que pueden ofrecernos la redención de las masas a condición de que se dejen dirigir.

Y esto, sin dar paso al sentido primitivo del término que siempre tenía carácter peyorativo y que iba desde lo vulgar a lo criminal, o desde la pasividad a la irresponsabilidad.

BUROCRACIA

Etimológicamente es un término compuesto: «bureau», palabra que en francés denominaba a una gruesa tela de lana con la que se forraban mesas para oficinas y por oficio se la trasladó a ciertos tipos de mesas; y el vocablo griego «kratos», poder. El término en sí parece que lo inventó el barón de Grimm, en 1764.

Para unos, la burocracia es el «conjunto de las funciones de tramitación y ejecución de las decisiones políticas y el elemento humano encargado de cumplir esas mismas funciones». Para la «Enciclopedia Británica» es la «interferencia abusiva». El «Diccionario Larousse» dice que «se emplea sólo en sentido peyorativo».

Según Max Weber el burocratismo es el «medio más racional para ejercer

SINDICALISMO: MASAS, BUROCRACIA Y MILITANCIA

un control imperativo sobre los seres humanos» y es la base donde se asienta el poder de un grupo de presión independiente.

Michels, Pareto, Mosca y Rizzi llegaron a decir que el problema básico del siglo XX es el de las relaciones democracia-burocracia y no las de capitalismo-socialismo.

Michels afirma que «la organización es la fuente del poder de la burocracia, del dominio de los elegidos sobre los electores, de los mandatarios sobre los mandantes» y que «la gestión de un enorme capital da a los administradores del mismo un poder, por lo menos, igual al que les daría la posesión de un capital privado».

J. Burnham habla de un proceso global, derivado del proceso de la sociedad industrial, de «burocratización del mundo».

El barón de Grimm veía la burocracia «en el sentido de la aberración por la cual las administraciones gobiernan a los administrados más directamente que los políticos, por su capacidad de inmovilización de los asuntos y por los elevados gastos que cuesta su función y su constitución en «casta», ha sido considerada como un cáncer de las sociedades».

Peter y Parkinson entienden que demuestran suficientemente que la burocracia termina por ignorar para qué ha sido creada y fracciona y se multiplica por sí misma, y concluye «la burocracia engendra burocracia».

Según la ley de Parkinson «el staff burocrático crece en proporción inversa al trabajo que hay que hacer».

Para Friedrich en las características de la burocracia entra la de «organización y disciplina jerárquica», además de la de «discreción», lo cual supone cualidades fundamentales para la imposición de una minoría al resto del cuerpo social.

Los inconvenientes de la burocracia según Mertran son el fariseísmo, entendido como idolatría de los medios, con independencia de los fines; la rutina, que lleva a generalizar la conciencia de que no cambie nada en un mundo en el que todo es cambio; la superconformidad, consecuencia de la idolatría jerárquica, y la ineficacia, porque la ley de Parkinson es cierta y la cadena creciente que desencadena el burocratismo conduce a la ineficacia más radical. A un amigo que iba a Moscú se le pinchó una rueda en Checoslovaquia y le retrasó el viaje dos días como consecuencia del papeleo burocrático que le exigieron para arreglar el pinchazo.

En las organizaciones obreras también se da generalizadamente este cáncer. Y cuando la clase obrera se enfrenta al paro, a la inflación, a una sanidad en proceso de empeoramiento, y sobre todo, a un sistema sociopolítico opresor, el burócrata se le ocurre vivir preocupado por sus problemas individuales. Escuchemos a García Salve cuando era responsable de formación: «Deben existir profesionales del sindicalismo (...) ¿Qué pasa, además, con la jubilación de nuestros compañeros profesionales del sindicalismo? (...) Un salario digno que no obligue a la familia, sobre todo, a la mujer del sindicalista a ser una víctima de la lucha sindical. Y un salario digno que posibilite al dirigente sindical a trabajar con desahogo y que no suceda que pierda el hilo de su discurso en un mitin porque le angustie una letra sin pagar».

Por otra parte, los críticos marxistas del estatismo afincado en las sociedades socialistas burocratizadas, definen a la burocracia como degradación o degene-

JULIAN GOMEZ DEL CASTILLO

ración del socialismo (Rosa Luxemburgo). En esta misma dirección Djilas y otros muchos.

A pesar de todas esas críticas, y contando con ellas como reales, no podemos silenciar el que existen tratadistas que consideran que sin una revolución administrativa, que estimara paralela a la revolución industrial, esta no hubiera alcanzado el desarrollo que ha tenido. Pero tampoco este hecho nos puede hacer perder de vista el temor que constituye la burocracia en la sociedad actual en general y en las organizaciones obreras en particular. ¿Cómo hacer para que se realicen las funciones organizativas sin crear cáncer? ¿Estará la solución por el desarrollo de la aplicación de la electrónica a estos menesteres? ¿Será la solución la robotización administrativa?

Concluimos este punto manifestando nuestra conformidad con Pérez Olea cuando asegura que «el antiburocratismo se halla en la base» de todos los movimientos de la izquierda real contemporánea.

MILITANCIA

Coincidimos con el «Diccionario de Ciencias Sociales» editado bajo el patrocinio de la UNESCO en que la actitud militante es la culminación de un proceso compuesto:

- 1) Conocimiento de una realidad a modificar.
- 2) Síntesis que elabora un plan estratégico para transformar esa realidad.
- 3) Actividad de transformación, desvinculada de gratificaciones económicas.

Estando conforme con las tres, creemos que a esas características del proceso militante le falta la fundamental: ganas de ser militante. Esto lo ha entendido muy bien el neocapitalismo, que le lleva al militante a una permanente situación contradictoria que llena de incoherencia su vida, lo que, naturalmente, termina con las ganas de ser militante. Por ejemplo ¿se puede ser militante y llevar buena vida en una humanidad que asesinará por hambre, en 1982, a 25.000.000 de niños menores de cinco años? ¿Se puede decir OTAN NO y no denunciar la industria armamentista como base de la economía mundial actual? ¿Se puede decir OTAN NO y no ser consciente de que cierta industria del automóvil es industria prebélica, de la que nosotros somos sostenedores?

Los dirigentes neocapitalistas, industrial o sindical, conocen la realidad, tienen elaborada su estrategia en la que sostienen que «si no hubiera sindicatos, habría que crearlos». Es evidente que en esos sindicatos lo que no hacen generalmente es trabajar sin cobrar. Pero es que para trabajar sin cobrar o cobrando menos que en la propia profesión, hace falta fomentar GANAS y eso ¿cómo se puede hacer? Las GANAS no se compran ni se venden. Y sin embargo, como siempre, existen y se pueden desarrollar. En la historia obrera a eso, se le llamó ideal. Y sin embargo, sin ideal, no hay militante. Con otras palabras lo ha dejado expresado así Simone Weil en «Sobre la condición obrera»:

«¿Qué es lo que quiere decir la calidad de buen sindicalista? Es mucho, quizás más de lo que pueden concebir. Adquirir la cartilla de afiliado y los sellos de la cotización apenas es nada. Ejecutar fielmente las decisiones del sindicato, luchar cuando es menester, sufrir si hace falta, todavía no es bastante. No creer que el sindicato

SINDICALISMO: MASAS, BUROCRACIA Y MILITANCIA

es una simple asociación de intereses. Los sindicatos patronales son asociaciones de intereses, los sindicatos obreros son cosa muy diferente. El sindicalismo es un ideal en el que debe pensarse todos los días, sobre el cual hay que fijar siempre la mirada. Ser sindicalista es una manera de vivir, y representa conformarse en todo cuanto se hace a ese ideal sindicalista. El obrero sindicalista debe comportarse durante todos los minutos que pasa en la fábrica de modo distinto al que observa el no sindicado».

Unamuno decía que el hombre es su deseo. Eso es lo que debe iluminar el ideal. Partiendo de ahí, históricamente, experimentalmente, el militante cultivaba en sí un sentimiento de angustia hijo de la insatisfacción y del rechazo de la injusticia, al mismo tiempo que cargaba de esperanza la acción y las posibilidades de transformación del mundo. Inmediatamente tendía a organizar el grupo con otros que vivieran su realidad y su ideal, desarrollaron un fuerte movimiento de cultura y conciencia a través de diversas realidades: ateneos populares, ateneos obreros, ateneos libertarios, sin olvidar que en las Casas del Pueblo de España, en 1935, más del 50 % de las actividades realizadas fueron culturales. Estas realidades dieron a la militancia obrera española conocimientos, una filosofía, unos programas de acción, un método de análisis de la realidad y una estrategia y táctica, es decir, las organizaciones de conciencia y cultura están en el fondo o cimiento de la promoción militante obrera.

Junto a esa realidad cultural hay que poner claramente de manifiesto, que el mayor sector de la clase obrera española hasta 1936 militaba en las actitudes autogestionarias y, la autogestión es, ante todo, una posición cultural. Se puede decir que el militante obrero desde las primeras luchas por el derecho a ser los dueños de las máquinas o de las tierras, se puede decir que había descubierto la exigencia de la autogestión como algo sin lo que no hay emancipación, y la autogestión, de forma simple, podemos decir que es el derecho del hombre a autogobernar y autoprotagonizar su existencia personal colectiva.

BUROCRACIA-MILITANCIA

A cualquiera se le ocurre que la militancia es antítesis de la burocracia y siempre ha habido un rechazo radical y mútuo. Apoyándose Stalin en el burocratismo acabó con la militancia obrera en Rusia, igual que ya había empezado a hacer antes Lenin y entronizó de forma irreversible el imperio burocrático en los países socialistas.

En España, en los últimos tiempos solamente, podemos comprobar como la militancia obrera ha estado contra el «Pacto de la Moncloa», contra todo lo que signifique negociación que coarte y lo seguirá estando mientras le quede algo de conciencia militante, ya que esa línea de actuación es hija de la muerte, de la estrategia de lucha y su sustitución por la de negociación, aunque reconocamos que estos años son graves y difíciles y las soluciones complejas.

En definitiva, el burocratismo sindical y político tiene tras de sí el siguiente planteamiento:

- llegar al socialismo a través de pequeños logros,
- se puede forzar al enemigo a que ceda parcelas de poder, aunque des-

JULIAN GOMEZ DEL CASTILLO

pués normalmente sirven en la práctica para el amaestramiento de los trabajadores,

- la técnica lleva al socialismo a través de mejorar los índices de producción hasta hacer posible la superabundancia,
- la técnica exige cultura, una sociedad más culta será más socialista,
- la acción parlamentaria hace innecesaria la dictadura del proletariado,
- la lucha hacia el socialismo se desarrolla, no por la lucha de clases, sino por razones económicas, técnicas y culturales.

Las consecuencias de estos planteamientos han sido que en países clave para el dominio neocapitalista en el mundo, como Alemania, Inglaterra, y Suecia, ese socialismo haya sido un inmejorable administrador del neocapitalismo.

Desde el punto de vista militante ello ha conducido, y está conduciendo, a la desaparición de la militancia presente en las distintas centrales a manos de la burocracia.

CONCLUSIONES

1. Las organizaciones hegemónicas del sindicalismo español han aceptado el proceso burocratizador y hasta exigen seguridad en la vida; como manifiesta García Salve en la cita que hicimos anteriormente.

2. La agresión del neocapitalismo tiene como punto característico la alienación de la conciencia a través de la cultura del consumismo, que está haciendo posible el triste espectáculo de la insolidaridad obrera, como demuestra la existencia de 2.200.000 parados y que en horas extraordinarias se hagan las equivalentes a 600.000 puestos de trabajos, o que en asamblea de base, en una empresa de 16.000 trabajadores, se grite cuando alguien planteaba la lucha contra las horas como solidaridad con los parados, «¿y a nosotros que nos importan los parados?», y nadie le contradijo y, por supuesto, se siguen haciendo las horas extraordinarias.

Si la agresión se está haciendo sobre la conciencia de la clase obrera, en la que cada día es más general la aceptación del hombre como animal consumidor, sólo mediante una revolución cultural puede realizarse la promoción militante que se necesita. Si en otra época se hizo esa promoción, basada en la necesidad, hoy, con las técnicas modernas, puede hacerse a través de la conciencia que contenga ganas, conocimientos, plan de transformación de la sociedad y actitud de cambio desvinculada de gratificaciones económicas.

3. Si los sindicatos siguiesen ocupados por el burocratismo, el movimiento de conciencia de clase nacerá, por propia razón de ser, como en el franquismo, al margen de los sindicatos y partidos.

4. Siempre hemos creído en la capacidad militante del hombre, aunque en la sociedad neocapitalista no puedan ser más que grupos reducidos. No olvidemos que hoy el 70 % de la población mundial son pobres y mañana, serán más. De ahí que siguen y seguirán saliendo las promociones militantes mayoritarias que coincidirán, en el ideal emancipador, con el aumento de las posibilidades objetivas para la autogestión en la sociedad.